

vida. ¡Dichosos los que elijan bien! ¡Dichoso el hombre cuyos actos todos va á sellar la muerte, y que puede decirse: He pasado en el mundo no dejando en él ninguna señal amarga; no he añadido nada á las desgracias de mis padres y á las desgracias de mi posteridad!

## SERMON SEXAGÉSIMO TERCERO.

### De la caída.

Ahora que ya sabemos para qué y por quién fué inducido al mal el hombre primitivo, réstanos que asistir á la tentacion misma, á esa escena de donde ha procedido el mal, donde comienza nuestra historia, y que la primera en fecha, ha permanecido la primera en grandeza hasta el dia en que se mostró entre nosotros el hijo de Dios, y dió su muerte nuevo curso á nuestros destinos. Todo se refiere en el mundo á estas dos acciones, como al principio de dos fuerzas que se disputan el mundo. El Edén ha hecho la ruína, el Calvario ha reedificado, y nuestros actos salidos de una y de otra de estas fuentes suben á ellas como á la cumbre de donde fluye con su potestad toda la vida del género humano. No puedo proponeros un objeto mas alto de estudio. El drama del Edén no os recuerda solamente un espectáculo exterior del origen del mal; hará mas, os revelará su ciencia, y la ciencia del mal os revelará la del bien. Sabiendo cómo se ha perdido la humanidad, sabréis cómo se pierde hoy, y por una consecuencia necesaria, seréis instruidos de lo que puede salvarla.

Se habla mucho en nuestro tiempo de orden y de desorden; pero la cuestion es saber en qué consiste el orden, en qué el desorden, dónde están verdaderamente los que destruyen y los que edifican. Si esto se supiera, tal vez nos ahorraríamos en nuestros trabajos una grande incertidumbre; no marcharíamos ya entre ruínas, con la exposicion de consumarlas queriendo levantarlas, y cada uno de nosotros realizaria su obra conociéndola por su nombre y por sus efectos. Pues bien, voy á deciros lo que es el orden y el desorden; voy á deciroslo, no á la luz del espíritu de partido, sino á la antorcha de la divina Escritura. Voy á quitar el velo en la historia de la tentacion primitiva al misterio de toda tentacion, de toda revolucion moral y política. Habiendo descendido á las últimas profundidades del mal, tomaréis en él un nuevo valor para combatirlo en vosotros mismos y exteriormente.

Toda tentacion, y tomo en adelante este nombre en el sentido

de induccion al mal, toda tentacion encierra necesariamente una potestad y un crimen: una potestad sin la cual le faltaria la eficacia; un crimen sin el cual no conduciria á él. Colocado el espíritu tentador enfrente del hombre inocente y sostenido por Dios, debió por consiguiente buscar en la naturaleza de las cosas la mayor potestad de crimen que le fuera posible descubrir y emplear, y cada una de sus palabras, de cualquier manera que las haya pronunciado, ha debido dar un golpe certero, eficaz, profundo. Vais á juzgarlo. *Quare.* — ¿*Por qué?* Hasta aquí el hombre, conversando con Dios no habia oido en su oido mas que el acento de una inteligencia superior que instruía á otra inteligencia por amor; sentíase por la primera vez interpelado de esta manera insidiosa: ¿*Por qué?* Tal vez os admiraré diciendo que esta interrogacion era una potestad y un crimen, y que aun hoy día la interrogacion es la primer potestad y el primer crimen del mundo.

Un día hallándose discutiendo el gran poeta inglés Pope con un jóven sobre el sentido de un texto griego, despues de algunas vacilaciones, el jóven, que era un oficial del ejército inglés, dijo al poeta: « Me parece que poniendo un punto de interrogante al fin del texto, quedaria perfectamente claro. » Pope, sintiendo que se le hubiera prevenido en materia de sagacidad literaria, respondió: ¿Y qué es, señor oficial, un punto de interrogante? El oficial, mirando con sonrisa semirespetuosa á su ilustre interlocutor, que no habia podido perder en la gloria la desgracia de ser muy contrahecho, le dijo ingeniosamente: Un punto de interrogante es una figurilla torcida que hace preguntas.

Señores, la anécdota se halla tal vez mal traída á esta cátedra; pero sirve de excusa el tener por objeto revelarlos en una palabra ingeniosa la fuerza del interrogante. Interrogar es poner en cuestion, y es introducir en el mundo un germen infalible de revolucion intelectual, moral y política. Cuando un hombre que ha sido ya olvidado, presentaba ante el pueblo francés esta pregunta famosa y tan sencilla al parecer: ¿Qué es el tercer estado? creaba una revolucion, y no obstante hace sesenta años que dura y nadie puede prever su fin. No os admireis, pues, de que el espíritu del mal haya comenzado por estas palabras: ¿*Por qué?* Solo se puede poner en cuestion lo que existe, y como lo que existe tiene siempre algun fundamento, la cuestion recae en el fundamento mismo para conmoverlo. Cuanto mas vasta es la pregunta, mas lo es tambien el fundamento; y cuanto mas lo es el fundamento, mayor es el tras-

torno que de ella resulta. Nada es mas fácil que hacer una pregunta. Espartaco decia: ¿Por qué hay esclavos? Sieyes decia: ¿Por qué hay nobles? Otros dicen hoy: ¿Por qué hay pobres? Remontad á las revoluciones tan alto como querais, todas han comenzado por estas palabras; ¿*Por qué?* En efecto, la pregunta engendra duda, aun ántes del exámen, y el exámen de ella precipita á la mayor parte de los entendimientos incapaces de conducirla hasta su término, y de detenerse en la luz ántes de llegar á las sombras que la circunscriben necesariamente. Todo lo que es, aun lo mas claro, tiene por fundamento algo de oscuro que no satisface á la razon, y que esta debe respetar bajo pena de perecer. El incrédulo se imagina, en su ignorancia, que el misterio es obra de los dogmas religiosos: ¡Insensato! que jamás ha pesado en su entendimiento una simple gota de agua. Si le pregunto lo que ella es, me responderá quizá la vez primera; pero á la segunda, pero á la tercera pregunta, ¿qué es lo que me dirá? ¿Qué importa que el misterio comience mas cerca ó mas lejos de nosotros? No por eso existe menos; no por eso es menos el fundamento sobre el cual descansa toda ciencia, como la tierra de cultivo descansa sobre la esterilidad del granito. Los egipcios habian colocado en el umbral de sus templos la imagen de la esfinge, sin duda para advertir al amigo de los dioses de la impenetrable oscuridad de su naturaleza; este cuidado era supérfluo. La esfinge está visible por todas partes: la esfinge es el mundo. Y hé aquí porqué conmueve toda pregunta el mundo, porque siendo una potestad, es tambien un crimen.

Entiéndase, señores, que no hablo de un pregunta hecha con modestia para instruirse en la luz de una inteligencia que sabe lo que nosotros ignoramos; porque es diferente cosa preguntar de abajo para saber de arriba, que preguntar de arriba para arrojar dudas abajo. El niño pregunta á su madre para recibir la verdad con la fe; el sofista pregunta á sus discípulos para abrir la perspectiva misteriosa, donde se abisma la razon que no quiere reconocer ninguna autoridad. Por esto os he definido el interrogante tal como se practica por el primer tentador: *el arte de poner en cuestion lo que existe.* Arte terrible que no pertenece á todo entendimiento, porque supone cierta profundidad, el conocimiento de los tiempos, el don de envolver el error en la elocuencia, y en fin, todo el prestigio de una superioridad puesta en servicio del mal. Entendida así la pregunta, el interrogante es manifiestamente un crimen, puesto que tiene por objeto la duda y la ruina.

¿Qué era lo que había en el primer día de la historia? Dios y el hombre. ¿Qué sociedad subsistía? La sociedad de Dios y del hombre. ¿Qué había que arruinar en ella? Esta sociedad misma y nada más. Así la pregunta en boca del tentador, debía dirigirse necesariamente contra Dios, es decir, contra el fundamento primordial y universal de todo. Escuchadle: ¿Por qué os mandó Dios que no comieseis de todo árbol del Paraíso? Parece, señores, que pudiera haber sido la pregunta mas profunda, y versar sobre la misma existencia de Dios. Pero el ateísmo no era entonces mas posible que hoy. El hombre había visto á Dios como le ve aun en la misma fuente de su inteligencia, principio necesario de toda verdad, de toda justicia, de toda razon, de todo ser inanimado y viviente. Le había visto, como le ve aún en una revelacion positiva, que no le permitia confundir la persona y la accion divinas con ninguna otra persona y ninguna otra accion. Dios se hallaba ante el hombre tan presente como el universo, y si el espíritu del mal le hubiese propuesto la cuestion de su existencia, hubiera desconocido la primer regla de toda tentacion, que es ser plausible á fin de ser eficaz. Pero aunque el hombre estuviese asegurado indubitavelmente de que tenia un Criador, no tenia la misma conciencia de los motivos que dirigian sus consejos. *Dios habita la luz*, dice el apóstol San Pablo, *pero una luz inaccesible* (1); él es á un mismo tiempo evidente é impenetrable. Por seguros que estemos de su existencia, podemos siempre, en lo concerniente á sus órdenes ó designios, decirnos ú oír esta palabra fatal: ¿Por qué? En este sentido fué en el que la pronunció el espíritu que sitiaba á la humanidad en su cuna. No preguntó al hombre: ¿Estás seguro de que hay un Dios? Preguntóle: ¿Por qué os ha mandado Dios? Y esta pregunta que hacia entonces, es aun la que hace en el día, la que hará siempre; hoy, como entonces, la cuestion de las ruinas es la cuestion que pone en duda la autoridad de Dios. Mirad en torno vuestro á esos restos que componen el orden frágil en que vivimos; ¿quién los ha hecho? ¿Qué mano ha destruido el edificio antiguo en que Europa sentada en la unidad, reconocia leyes y poderes sagrados para todos? ¿De dónde viene que se agiten y se estrellen los pueblos como olas que no saben su curso, y que tanto los súbditos como los gefes, conmovidos por un terror comun, esperen en la ansiedad no sé qué sombrío é inexplicable porvenir? Respondeisme, que se halla así atormentada la

(1) 1<sup>o</sup> Epístola à Timoteo, cap. 6, vers. 16.

Europa, porque ha perdido el áncora de la autoridad; pero ¿por qué la ha perdido? ¿Por qué no tiene ya la frente de los reyes cristianos la dulce aureola que grabó en ella Cristo en el día de su muerte? ¿Por qué se ha disipado el respeto del corazon de todos, y toca la mano del jóven con una virilidad impía la mano del anciano? ¿Ah! demasiado sé la razon; ¿y quién no la sabe, si no es esos ciegos que quieren mejor quitarse la vista que mirar la verdad? La voz de los sofistas, conjurada con la de los príncipes, ha minado en el mundo la autoridad divina; y el hombre se ha creído sobrado fuerte para reinar solo sobre el hombre: él ha creído que sería mayor su poder, si emanaba de él mismo; su libertad mas verdadera, si no estaba limitada sino por leyes revocables á su placer, y arrojándose con ardor fuera de toda dependencia, ha roto el lazo que une las cosas terrestres al polo de cielo. Por un momento ha parecido en efecto sin límites la potestad humana, y se ha podido decir de los reyes lo que se ha escrito de Alejandro en el primer libro de los Macabeos, que la tierra enmudeció ante ellos. La fe en la autoridad divina que todavía subsistía consagraba aun á los mismos que no la reconocian ya, y les presentaba, quisieranlo ó no, á la libre veneracion de las almas. Pero á medida que iba debilitándose, debilitábase tambien el prestigio de la autoridad humana, hasta el día en que no ha quedado señal de ella en la frente de nadie, y en que el último de los niños se ha preguntado porqué había de obedecer. Esta es nuestra historia y esta fué la de Adan. Él oyó como nosotros la cuestion que es el principio de todo mal y de toda ruína: ¿Por qué os ha mandado Dios? ¿Por qué no sois soberanos?

Digo que Adan la oyó, porque aunque la tentacion se dirigió primeramente á su compañera, á quien el tentador había juzgado sin duda mas débil, como dependiente que ella era, no por eso dejó de llegar hasta él, fortificada con una caída y con el amor que él tenia á aquella alma vencida. Una palabra de la Escritura nos enseña tambien que hubo menos error que amor en el crimen que consumó la desgracia universal. *Adan*, dice San Pablo, *no fué seducido en la prevaricacion, mientras que la mujer lo fué* (1). Una pasion desarreglada añadió así su encanto á la tentacion directa, para que nada faltase en la eterna leccion que debía darnos la caída de nuestros primeros padres.

¿Cuál fué no obstante la respuesta del hombre á la pregunta del

(1) Epístola à Timoteo, cap. 2, vers. 14.

seductor? *De la fruta de los árboles que hay en el Paraíso comemos; mas de la fruta del árbol que está en medio del Paraíso, nos mandó Dios que no comiéramos y que no la tocáramos por temor de que tal vez muramos* (1). Ya lo veis; la fe no está ya íntegra: en lugar de recurrir enérgicamente á la autoridad divina que habia impuesto el mandato, hay un resplandor de incertidumbre en esta palabra, *tal vez*, aplicado á la sancion de la ley. No se pone en duda la ley, sino la pena; porque no es la ley la que constituye el misterio, sino el motivo que la ha dictado. La ley era patente, el motivo oculto, y no debemos creer que ninguna preocupacion del consejo divino hubiera turbado hasta entonces á los dos corazones sometidos á esta prueba; esto seria ignorar el horror que tiene la inteligencia á todo lo desconocido. Es probable, que aun ántes de la tentacion, hubiera arrojado una investigacion inquieta y vana algunas nubes en la inocencia de nuestros primeros padres, y que la pregunta del tentador correspondiese á una herida entrevista en los repliegues de su alma. Ellos eran libres, y por consiguiente podian pecar; y cuando el racionalismo se pregunta, cómo, en medio de una perfeccion y una felicidad tan grandes cual la suya, pudieron encontrar ocasion de un descontento seguido de una falta, manifiesta que no advierte lo que se necesita para quitar al hombre el poder de faltar; pues para esto es necesario nada menos que la posesion de lo infinito. Lo infinito es el único bien que corresponde á la predestinacion de nuestro corazon, y que sea capaz, colmando todo su vacío, de extinguir en él el abuso posible de la libertad. La perfeccion de nuestros primeros padres y su beatitud no eran mas que iniciales, un gérmen inmenso que les daba mas bien que les quitaba el hambre de un estado mejor. No hallándose pues saciados, quedaba en ellos el deseo, y con el deseo un origen de inquietud y de ilusion. Por poco que desviasen la vista de Dios, único término de su plenitud futura, se exponian á abismos tanto mas profundos cuanto que su alma era mas grande, su felicidad mas gratuita, su perfeccion mas obligatoria. En una palabra, cualquiera que no posee lo infinito puede ser engañado por lo finito.

No obstante, la madre de los hombres no sucumbió al lazo de la pregunta: confesó á Dios, y reconoció su autoridad en la ley que la detenia al pié de un misterio. Pero habiendo dejado entrever alguna sombra de duda sobre las consecuencias que tendria una desobe-

(1) Génesis, cap. 3, vers. 2 y 3.

diencia, el espíritu del mal no se fijó mas que en este punto, y recurrió para conmovér la fe de su víctima á un poder que es aun hoy dia el segundo poder y el segundo crimen del mundo. Pronunció esta sencilla palabra: *Nequaquam*; — *De ninguna manera*; es decir, que hizo suceder la negacion á la pregunta. Que la negacion, señores, la negacion pura y sin pruebas sea un poder, ¿quién de vosotros podria dudarlo en un siglo en que ella lo ha destruido todo? Aunque no tuviéramos nosotros ningun medio de comprender su fuerza, aun deberíamos humillarnos ante ella, y reconocerla como se hace con una dominacion que existe, sin que se explique porqué. Pero estamos lejos de esta impotencia para darnos cuenta del terrible efecto de la negacion. Siendo solidarios todos los espíritus, porque tienen la misma naturaleza con los mismos elementos de conocimiento y de certidumbre, cuando alguno viene á negar ante nosotros un principio y una consecuencia de que no dudamos, esta contradiccion nos causa un estupor que resalta fácilmente hasta las fuentes del pensamiento, para turbar su armonía y su seguridad. Nosotros nos decimos: Hé aquí un hombre que niega lo que yo afirmo, un hombre como yo, una inteligencia como la mia.... ¿Estoy, pues, yo bien seguro de no engañarme? Y cuanto mas superior es el entendimiento que nos opone la negacion al nuestro, por la grandeza ó la cultura de sus facultades, mas sentimos acrecerse la inquietud que nos causa este cisma intelectual. La unidad es en todas las cosas el principio del orden y el signo de lo verdadero; ella es en particular, bajo el nombre de sentido comun, el nudo que reúne á todos los hombres en una misma luz; y aunque esta luz no conserva igual fuerza hasta las extremidades del círculo en que contiene la humanidad, su naturaleza, no obstante, es siempre unir iluminando. De donde viene que cada inteligencia que se sustrae al conjunto de sus rayos, trae necesariamente una perturbacion, no en la verdad, sino en la prueba que da de su presencia á las inteligencias á quienes vivifica. Es una rebelion en el reino de las ideas, y toda rebelion produce la anarquía, y toda anarquía engendra una debilidad en la sociedad en que se introduce. No hay duda que existe un remedio para esto, y la verdad conserva siempre, á pesar de la defeccion parcial de las inteligencias, los caracteres que tiene de su origen en el seno mismo de Dios. Las almas que la hacen traicion, reciben una alteracion manifiesta; y así como Cain fué marcado con una señal que revelaba á todos el primer autor de la sangre derramada, hay tambien stig-

mas de la verdad violada. Pero es necesario discernirlos: en lugar de una sola claridad esparcida por todas partes, se divide el cielo en zonas en que las tinieblas tienen una luz falsa, y el ojo mas firme es engañado algunas veces por estas semejanzas del error con lo verdadero.

*Nequaquam morte moriemini; — De ninguna manera moriréis.* ¿Qué poder, señores, no debió tener esta primera negacion? Provenia de un espíritu manifestamente superior al hombre, y versaba sobre la cosa mas oscura para él, sobre la muerte. ¿Qué era la muerte? No la habia visto aun ningun ser vivo. ¿No era una amenaza, una mentira hecha á la bondad por la justicia? Habia allí todo un mundo en que el presentimiento era mas fuerte que el pensamiento, y en que la vaguedad de los horizontes se prestaba maravillosamente á la fascinacion de la duda. ¡Ah! nosotros hemos conocido despues y contemplado la muerte; ella vive bajo nuestros ojos en este sepulcro de sesenta siglos, donde no cesa de llamar, y derribar su presa. Vive más cerca de nosotros aún, en las pasiones que sobreviven al pecado, y que nos enseñan con una inagotable elocuencia lo que es una alma separada de Dios. Conocemos las dos muertes con que el mandato divino intimidaba á nuestros padres, la muerte del cuerpo y la muerte del alma, y lo que era para ellos una profecía, ha llegado á ser para nosotros la mas lamentable de las realidades. Pues bien; por esto, la misma negacion que les conmovió en su fe, no ha encontrado en la nuestra una resistencia mejor preparada. A la palabra divina que nos amenaza con una consumacion en la muerte, con una muerte eterna, de la cual no es mas que un preludio y una figura la muerte que nosotros vemos, oponemos la palabra siempre viva de la serpiente antigua: *Nequaquam morte moriemini; — De ninguna manera moriréis.* No hay negacion que nuestra inteligencia acepte con mas anhelo, con mas gozo, y á cuyo alrededor reuna con mas ardor las sombras del raciocinio. Todo nos sirve contra la muerte eterna, la bondad de Dios, su justicia, su sabiduría, lo poco que son nuestras culpas, y sobre todo esto, la misericordiosa profundidad que nos oculta la otra vida; y en la otra vida, esa muerte final y suprema que llama la Escritura con el nombre tranquilo, pero tanto mas aterrador, *de segunda muerte* (1). Hay hombres que creen en todo, excepto en esto. Hay hombres que creerian en la muerte de Dios en el Calvario, si pudieran creer en

(1) Apocalipsis, cap. 20. vers. 14.

la muerte del hombre mas allá del sepulcro. De suerte, que puede decirse con verdad, que el género humano sucumbe ante la misma negacion que ha causado la pérdida de sus primeros antepasados.

¡Oh! ¡con cuán execrable perspicacia se eligió el arma, y cuán bien ha conservado su peso y su filo! Sí, no es el misterio de la Trinidad, ni el de la Encarnacion, ni nada de especulativo lo que constituye la dificultad entre Dios y el hombre; no es tampoco la ley, porque á esta se la reconoceria y se la reconoce aun; es la consecuencia de la ley violada. Y si no creéis, señores, en esta consecuencia, si vuestro entendimiento retrocede espantado ante la idea de la verdadera muerte, confesad que vuestros primeros padres pudieron como vosotros no creer tampoco en ella, y que así, la historia de su caida es por lo menos la historia de vuestro corazón, escrita hace seis mil años por quien lo conocia bien.

No me detendria ahora en mostraros el crimen de la negacion, habiéndoos mostrado su poder, si no tuviese que haceros observar cuán vicioso es por sí mismo este procedimiento intelectual, y cómo lleva en su propia naturaleza frutos emponzoñados. Parece, señores, que he dicho algo de extraño, y que la negacion sea una forma lógica tan legitima como la afirmacion. ¿Qué mal hay en negar lo que se juzga que no está probado? No es á la afirmacion á la que pertenece el cargo de la prueba, y no basta negar simplemente lo que se afirma simplemente. Sin duda, convengo en ello, toda afirmacion no es una verdad; pero la afirmacion es la forma de la verdad, mientras que la negacion no es mas que la resistencia de una inteligencia. Ahora bien, el mundo no vive de resistencia, vive de certidumbres al menos presuntas, y cuando se halla en posesion de una doctrina que le da la razon de sus deberes y el valor de sus sufrimientos, es un crimen turbarle por una negacion arbitraria que le arranca los fundamentos de su existencia, sin traerle otros nuevos. Entonces no toca la prueba á la afirmacion, sino á la negacion. Así, la humanidad cree en Dios, en una potestad, en una sabiduría, en una bondad supremas que ella no se representa por todas partes y siempre con la misma claridad; pero cuya nocion constante, aunque mas ó menos imperfecta, no le ha abandonado en ninguna parte. ¡Pues bien! que se levante un niño en medio del pueblo y niegue la existencia de Dios; ¿creeréis que sea necesario demostrársela? En cuanto á mí, yo creo que no, yo juzgo que él es quien debe probar que no hay Dios. A tí te toca, le diria yo, á tí, el último que has venido en los siglos, á tí á quien ha alimentado

tu madre en el nombre de Dios, á tí cuya existencia ha sido protegida por ese nombre soberano, y al que es deudora de la justicia y de la ternura con que fué rodeada ántes de merecer nada, á tí te toca probar al mundo que su creencia en la divinidad no tiene fundamento. El mundo ha vivido y vive de esta creencia; solo en ella ha encontrado el principio de sus deberes y la justificación de sus derechos; jamás ha podido comprender de dónde podía descender la vida, si no provenia de ese océano primitivo á quien él llama Dios, y donde ha arrojado el áncora de una esperanza invencible y de una fe inmortal. Pláceos salir de esta comunión de espíritus, negar á vuestro padre del Cielo, juntamente con vuestros padres del tiempo, desafiar el horror que solo la sospecha del ateísmo ha excitado siempre; ¡pues bien! podeis hacerlo, consiento en ello y lo quiero, pero aguardo vuestras pruebas. Sin duda que las tendréis, y las tendréis irrefragables; que no son solamente dudas, vislumbres, probabilidades, sino que son tan grandes como la idea de Dios y la fe del universo. Las espero, hablad, y si no me decís nada, si os limitais á conjeturas, al estado de vuestra alma que no os envia el eco de las cosas divinas, callaré á mi vez, compadeciéndoo por no oír la voz que oye toda la tierra, y por no ver la luz que toda inteligencia ha visto.

Lo que digo de la existencia de Dios, lo diré también de la Iglesia católica y de su doctrina. Asegurais que no se os dan pruebas suficientes de su verdad; ¿pero pensais en ellas? La Iglesia católica vive. Aun cuando no tuviera para presentaros las profecías que la han preparado, ni los milagros que la han dado al mundo, ni la serie de cosas por las que está unida á todo lo que es verdadero en la historia, ni la divinidad visible de su fundador, vive en fin, y vive con ella y por ella una parte de la humanidad. Ella ha hecho hombres y sociedades; ha hecho mas aún, ha criado virtudes. ¿Y tú piensas que baste negar para estar tranquilo con tu conciencia y con los juicios de Dios? ¿Pides que ella te pruebe su legitimidad? Tú eres quien debe probar que eres digno de comprenderla y de contarte entre sus hijos. Tú eres quien debe establecer contra ella, que tu inteligencia mide un horizonte mas vasto que el suyo; que tus pensamientos han hecho en el mundo mas bien que los suyos; que tus virtudes son mayores, tus costumbres mas castas, tu autoridad mas elevada, y que tú solo, recogido en un día y en una idea, pesas tanto como los siglos y como el sitio que ella ocupa en el mundo. Si no lo haces, ella callará, tendrá á lo menos el derecho

de callar. Cuando pasando el árabe al pié de las pirámides les dá una lanzada, las pirámides callan.

Iré mas lejos, señores; pondré la negación enfrente, no de una doctrina cuya verdad sea tan patente como la de la doctrina católica, sino enfrente de una doctrina falsa que tenga solamente la ventaja, como el islamismo, de haber hecho una larga carrera, y de haberse identificado con el alma de muchas naciones. Ciertamente como cristiano, sé qué decir al islamismo; sé cuán pobre es su historia, cuán debil su moral, cuán triste su civilización, y en fin, cuán mal sentados están todos sus cimientos. Pero lo que no es nada para mí, bautizado en la luz y la pureza del Evangelio, es bastante fuerte para burlarse de todas las negaciones del incrédulo, y para decirle con una lógica audaz: no tienes por qué rehusar homenaje á mi existencia, y no necesito enseñarte las pruebas que la vengarian de tu ligereza. Vivo desde hace doce siglos; tú, tú has nacido ayer, y morirás mañana; pasa, y déjame en mi obra. Yo he hecho una obra; en cuanto á tí, ¿dónde está tu obra? Para atacar á lo que ha hecho, es necesario haber hecho; para atacar lo que vive, es necesario haber vivido; niño, ¿has vivido tú, has hecho tú algo?

Después de Zama, Escipion, joven aun, podía tener conversaciones arrogantes respecto al anciano general vencido; pero un estudiante que ha salido imberbe enteramente de los ejercicios pueriles de la inteligencia, ¿qué tiene que decir ni aun á ruínas, que no le envíen elocuentemente á los juegos de su escuela? Para vencer á Anibal, es necesario ser Escipion; para vencer al error, es necesario ser verdad, y por consiguiente una afirmación que se sostenga por su propio peso y por el peso de sus obras. Sin esto no somos mas que habladores ó locos, aun contra el islamismo. Porque el islamismo, por falso que sea, es mejor que lo que no es nada. Ha producido virtudes reales aunque imperfectas, la creencia en Dios, la oración, la hospitalidad, la esperanza de otra vida; y oponerle una negación vacía, una simple resistencia del entendimiento, es abrir un sepulcro para convidar en él á un enfermo á la inmortalidad. Encontrais á un pobre cubierto de harapos, y le decís: Amigo mio, estás cubierto de harapos, date prisa á arrojarlos. ¡Insolentes! dadle un vestido mas digno, dadle el vuestro, y arrojará sus harapos, sin que tengais que advertríselo con un insulto coloreado de piedad. Asimismo, cuando encontréis á un hombre que cree mal, pero que cree algo, no le despojeis de esto poco, bajo pretexto de iluminarle;